

AMPARO Y ROBINSON

El poder curativo del amor

Mi nombre es Robinson Alexander Camelo y el mío es Amparo Busato; somos madre e hijo y hemos vivido desde nuestros lugares inmensos dolores causados por el conflicto armado en nuestras vidas.

Amparo: Como madre he luchado mucho para que te activen en el registro de víctimas, porque cuando estabas jovencito, tendrías unos 14 años, te fuiste a trabajar en las algodoneras y por allá te cogieron los 70 tipos esos, los paramilitares que te perjudicaron con esa enfermedad que ahora tienes. A mí no me importa nada de lo que seas hijo, te amo y te acompaño porque eres mi vida.

Tengo 62 años y cuatro hijos. La mayor fue la que me desaparecieron, siguen Robinson, Mary y el menor. Hago parte de las Corcoras Tejiendo Memoria, somos un grupo de mujeres que tenemos la idea de hacer del dolor una historia que contamos, visibilizamos el dolor y nos volvemos resilientes. Queremos

que la sociedad nos escuche pues somos víctimas de una sociedad que no se sensibiliza ante el dolor humano.

Yo nací en Bogotá, pero desde muy pequeña mi mamá nos trajo a vivir al Llano. Me casé en Inírida y mis hijos mayor y menor nacieron allí. Robinson y Mary nacieron en Villavicencio, me la he pasado de aquí para allá y de allá para acá, tengo unos nietos que me aman.

Hijo, toda la vida supe que eras homosexual, aunque no lo confirmé sino tiempo después, cuando encontré en tu



habitación algunas cosas. En realidad a mí no me importa qué orientación tienes, me importa que seas feliz a pesar de lo que te hicieron en las plantaciones de algodón, hace como 30 años.

Para mí fue muy duro cuando llegué a la casa y estabas nadando en fiebre; tenías las ojeras oscuras, mucha fiebre. Y como no te encontraban nada, le pedí al doctor que te hiciera un examen de VIH y salió positivo. Tuve mucho miedo cuando el doctor me dijo que ya no había nada que hacer, que te habíamos llevado muy tarde, con tu hermano menor te llevamos a la casa y te hicimos todos los remedios caseros del mundo y oramos tanto por ti que gracias a Dios saliste adelante, gracias a tu esfuerzo, al cuidado de tu pareja y del mío continuaste con nosotros a pesar del mal pronóstico. Después de tu diagnóstico y recuperación que han sido como un milagro, me ha dolido mucho el matoneo y los insultos de la gente que no entiende. Por eso es que he decidido continuar mi liderazgo, no solo por la desaparición de tu hermana, sino porque hay mucha homofobia y la gente no entiende que ser gay es normal y que ser VIH positivo es manejable y no se trasmite tan fácilmente, yo quiero apoyar para que la gente se eduque y entienda; eso no es muy complicado.

Sueño para el futuro que mis hijos sean felices y dejar alguna semilla plantada con las personas que trabajo.

Robinson : Sé que esto que sueñas es muy posible mamá, de hecho, tus hijos estamos intentando que la vida no nos quede grande. Cuando nací en Villavicencio me nombraste Robinson

Alexander, y prefiero que me llamen por mi segundo nombre aunque siempre me llames por el primero. Voy a contarte ahora algunas de las cosas que viví, aunque no todas, porque existen muchas que aun no estoy listo para decirlas.

Mi niñez no fue fácil, vivíamos mi mamá, mis hermanos y yo con mi abuela pasando muchas dificultades, aguantábamos hambre y ante tantos apuros decidí irme. La primera vez que me volé tenía nueve años, yo quería estudiar y me tocaba ir caminando a la escuela con hambre todo el tiempo. Me fui para una finca con una pareja mayor que me dio trabajo, sueldo y su protección. Yo hacía todo lo que me pedían, los acompañaba, les ayudaba con la finca, cogía café, raspaba coca y así. Comía todos los días y estaba bien, los dueños eran buenos y amables conmigo. Sin embargo, el sobrino de los dueños de la casa se fijó en mí y me hizo daño; empezó tocándome y al final me violó y me pegó. Cxuando me dejaban solo él seguía haciéndome daño, como yo era amanerado creo que él pensó que podía, ese señor me maltrató múltiples veces; me aguanté eso un tiempo, pero al final me fui.

Volví a Villavo un diciembre; mi mamá estaba allá y ya no me dejó ir. Me mandaba a vender empanadas en la calle desde las seis de la tarde, por eso es que ahora que de adulto me gusta tanto ver monitos en la televisión, cuidar mi perrito y vivir la vida y ser feliz porque de pequeño no pude.

Cuando era muy niño me di cuenta de mi orientación sexual y la viví aunque mucha gente sufrió por eso, particularmente

en una cultura como la colombiana, yo sé mamá que para ti fue muy difícil y muchas de tus frustraciones vienen de ahí. Como ya no nos preocupa que nadie sepa mi identidad pues vivo más tranquilo y soy menos amanerado.

Cuando me quedé en Villavicencio me puse a estudiar y todo iba bien, pero una vez tú y mi abuela me mandaron a vender empanadas en un concierto de Carlos Vives; yo no vendí ni una, porque ya no quería trabajar más en eso. Me mojé esa noche y llegué a la casa todo mojado y sin vender; entonces mi abuelita me empezó a asustar con que cuando tú volvieras me ibas a dar una muenda. Y decidí volarme otra vez, en eso tenía 12 o 13 años. Me fui a trabajar con los mismos viejitos por vacaciones. El tipo que me hizo daño ya no estaba. Estuve allá y me mandaron de vuelta a la casa por lo que estaba estudiando. Volví a tu casa, mamá, y me dijiste que ya no me ibas a mandar a vender nada en la calle, es que a mi no me gustaba la calle, uno por ahí en los billares, en los bares, de noche tocaba vender lo que no se vendía en la tarde y yo corría muchos peligros. Yo te entiendo mamá, sola y con cuatro hijos, ¿qué más podías hacer? No podías mandar a mi hermana y mis otros dos hermanos estaban chiquitos, me tocaba ir a mí o a mí. Tuvimos una situación complicada, pero también aprendí a vender y ahora me rebusco, compró cremitas y lociones en San Andresito y se las vendo a las chicas de aquí en el Santafé porque con los solos cepillados no me alcanza.

Terminé la primaria, estudié de noche para poder trabajar de día, a veces tenía dos trabajos, con muchas dificultades pero aprendí y logré sacar

mi bachillerato adelante. Luego de eso aprendí peluquería, estuve entre Villavo y Bogotá y saqué adelante la vida. Terminé de pagar tu casita cuando te la iban a rematar, por allá en el año 96, porque se debía una plata de intereses y abogados. Le escribí a la Presidencia de la República, como si fuera tú, y les conté la vida y las necesidades, les conté que fuiste escobita y que te despidieron; nos respondieron y nos ayudaron dejando solo la deuda neta; hice un plan de pago y me puse a trabajar en Bogotá y pude terminar de pagarte la casa. Ya me puedo morir tranquilo porque tienes tu casa. Tenía 23 o 24 años cuando me diagnosticaron VIH positivo y desde entonces estoy en retrovirales con conteo inyectable. A pesar de todo lo que me ha pasado, decidí vivir; el doctor ha sido mi aliado y me cuida y me quiero y hago juicioso mi tratamiento.

Por las presiones económicas mi hermana mayor, que ya tenía una niña, empezó a trabajar la vida de la noche. Nos contó que tenía un contacto en San José y se fue para allá; nunca la volvimos a ver. Varios meses después de irse me llamó llorando y me dijo que me encargaba la niña, que no sabía si algún día iba a volver y ya nunca supimos más de ella. Yo tendría 27 o 28 años; ayudé a la niña hasta que terminó el bachillerato, muy poco pude darle pero tuvo cómo estudiar y le cumplí a mi hermana.

Hace poco saqué un préstamo, en 2003 o 2004, con la Fundación Mundo Mujer y puse un bar, pero me llegaron panfletos de las Águilas Negras porque yo pertenecía a una fundación para

personas LGBTI portadoras de VIH y un día permití que se hiciera una reunión allí. El tipo llegó, me entregó el panfleto y salió veloz en una moto; el papel decía que entregara el local y que me fuera del barrio porque eso era un nido de "maricas" repartiendo el sida. No me acuerdo cuántos días me dieron para irme, puede que no hubiera pasado nada pero igual uno queda en shock; quedé muy asustado y entonces recogí y me volví para Bogotá. Me quebré, porque vendí todo por lo que me dieron y me vine a Bogotá a trabajar peluquería en el Santafé; con eso sigo pagando el préstamo, los intereses porque de capital no he podido pagar nada ,y aunque quisiera alejarme de lo que se vive aquí y volver a Villavo contigo, mamá, y con la familia, no se puede porque aquí tengo cómo trabajar y me defiendo; pero allá ¿qué hago?

Yo creo que lo más duro del conflicto armado para todos los colombianos es el desplazamiento que nos ha tocado vivir, todo lo que hemos ha construido hemos tenido que dejarlo tirado. Muchas personas han muerto por quitarles su terreno y todo lo que poseen. Esa pareja que me dio trabajo cuando niño, a ellos la guerrilla les terminó quitando todo, a él lo mataron y a ella le tocó irse desplazada a Villavicencio; y es muy triste porque ella era una señora acostumbrada a bajar sus bananos de la mata, a recoger sus huevitos, a ordeñar una vaca, y de pronto le toca ir a la tienda por una bolsa de leche o por un plátano. Es un dolor muy grande que tal vez la gente que no se crio en el campo no comprenda, pero nosotros sabemos lo que se sufre.

Nuestra población LGBTI ha sufrido mucho no solo violencia física y psicológica, que no haya libertad de expresión, el no poder ser... ser humano que es lo que somos todos. Los niños que crecemos con orientaciones diversas sufrimos matoneo y nos "dan lecciones" para ser machos. Los traumas que tenemos son terribles y confiar en la gente se vuelve muy difícil. La cultura machista en el Meta es muy dura. Hay mucha gente que siendo gay se casa y tienen hijos con personas de otro sexo y eso termina construyendo familias llenas de violencias y dolores que se hubieran podido evitar si las personas pudieran ser lo que son sin miedo y sin que la sociedad los estigmatice.

Yo quisiera para el futuro volver a Villavo, pero eso depende del factor económico, tener algo de estética, reforzar lo que ya tengo, porque eso me gustó desde chiquito, pero me encantaría poder estar allá contigo mamá, disfrutarte y tenerte cerca ya que tengo el privilegio de tenerte viva...